

Asociación de Escritores de México y los colectivos y compañías que tiene como sede La Pirámide: Luz negra teatro fusión, Máscara entre Sombras A. C, Teatro Ambulante, Colectivos de percusiones y danza africana Fancayala y Bereketé, Compañías circenses: El otro Circo y La lista Negra, Colectivo de capoeira Terreiro Mandiga de Angola, X Serigrafistas, Convive: Asociación Mexicana de Estudios del Cannabis, Literal, Gaceta de literatura y gráfica, el proyecto editorial Genio y Figura, y Cine club 7 segundos, producción de cine independiente: Las 777 puertas, Bibliotecas: AEMAC, Libertaria (Aktua) y Canábica.

CINE, TEATRO, LITERATURA, MÚSICA, DANZA, GRÁFICA, Y MÁS

Porque no me conformo....

Soy Totalmente Pirámide

CULTURA DE PRIMER NIVEL
DEBAJO DEL SEGUNDO PISO

La Pirámide
centro cultural Luis G. Basurto

Ya están a La venta
LOS VIDEOS MÁS REBELDES

aire
acción informativa en resistencia

www.kloakas.com/aire

Literal

GACETA DE LITERATURA Y GRÁFICA ♦ NÚMERO 12 ♦ DISTRIBUCIÓN GRATUITA

FEDERICO PATÁN

Mi nombre

Algo ha dicho mi nombre
en el cauto silencio de la noche.

La voz ha sido extraña.

Alguien, la calle toda en sombras,
vacía,
ha dejado mi nombre
colgado de ventanas sin memoria.

Escucho.

Mi nombre se ha rehusado
a la voz susurrante que lo crea.

Por un lapso de calle
mi nombre se ha extraviado
de la voz que lo cita.

Va siendo seductora.

Algo, alguien insiste.

Decido caminar la noche. ♦

Lo antiguo

Lo antiguo es nuevo
cuando yo lo vivo.

Cuando, inexperto,
camino sendas
de otros pertenencia
y hago mío
lo que fue de esos otros,
asimismo inexpertos
en lo ya caminado
por otros anteriores.

Hablo y me escuchan y me dicen:
eso ya lo conozco en otras voces
pero a la vez lo desconozco.

A veces desconocí lo que conozco
oyéndolo en el hablar de alguna voz
cuyo sonido ignoro.

Lo nuevo es antiguo
cuando atiendo. ♦

Alejandro Colín / sin título / 2004 / grafito sobre papel

Cuento

EDGAR DAVID MENA

A veces me siento triste cuando mi mamá me pega. Dice que me parezco a mi papá. En realidad ella no tiene la culpa, yo hago cosas que la molestan, como eso de escribir los nombres de personas en mis cuadernos; sí, en lugar de escribir el nombre de la materia en la etiqueta, ponía el nombre de una persona que yo quería, y en el interior intentaba escribir lo que esta persona hacía regularmente, como entrar al baño, saludar a otras personas, reírse, etc. Hasta que mi maestra se dio cuenta y le dijo a mi mamá que me pegara, porque no trabajaba y hacía chuecos los márgenes. Por eso ahora no escribo los nombres de mis amigos, ni escribo sus historias, me dedico a coleccionar otras palabras.

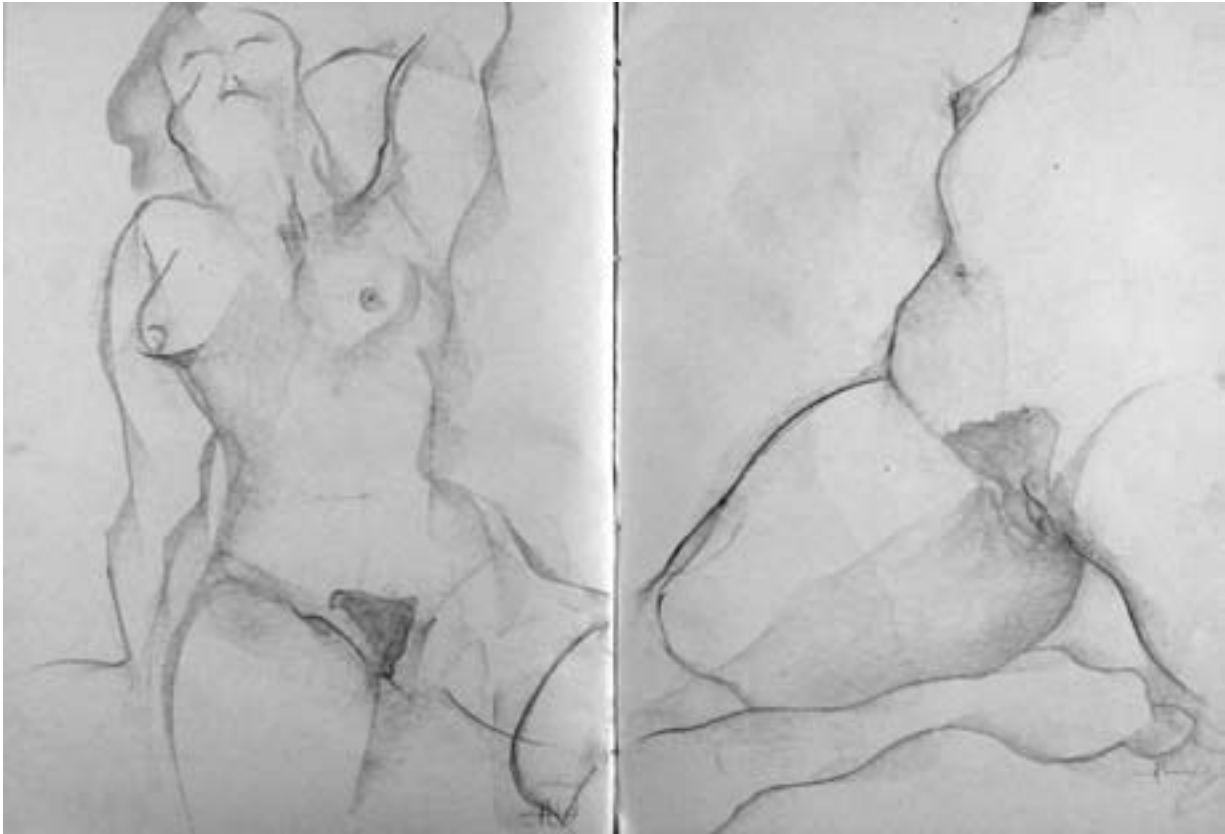
Guardo las gracias que me ofrecen cada que hago algo en provecho de alguien. Las primeras mil gracias que recibí fueron de mi hermana, ya que le había prometido no mencionar nunca que su novio entraba por la ventana algunas noches. Después recibí las últimas gracias del señor de la tienda, que murió al siguiente día; recibí las de algunas vecinas, de mis amigos de la escuela, de algunas personas que viajaban conmigo en el transporte; otras de los maestros y sólo una de mi madre, pero todas las iba guardando en mi cuaderno.

Mi tarea no era nada fácil. Tenía que soportar que algunas personas no me dieran nada, y, por el contrario, otras veces tenía que acomodar de alguna forma los millones de gracias que me prodigaban. Otras veces tuve que interpretar cuántas gracias me querían ofrecer las personas que me decían "muchas gracias", e imaginar quien pagaría mis honorarios cuando alguien decía: "Que Dios se lo pague", supongo que era una manera de agradecerme, aunque eso no tuviera un significado numérico. El cabo de un año, tenía todos mis cuadernos ocupados en la contabilidad de mis palabras.

Un día me desperté como el niño más rico en gracias sobre el planeta. Procuraba no entregar ninguna, avaro de perder mi riqueza de páginas. Ya no me gustaba hacer nada para ayudar a las personas, temeroso de que me dieran otros tantos millones de gracias. Pensé que sería una buena idea, regalar algunas de las gracias que tenía.

En verdad tenía que hacer algo porque si no los niños que me llaman raro, supongo porque nunca han guardado gracias en su vida, me iban a acusar porque en mis cuadernos sólo había números. Así que me dediqué a dar gracias a cualesquiera individuo que hiciera algo por mi vida, aunque sólo fuera mirarme o caminar junto a mí. Y ya no acepté ninguna, a quién me decía gracias, le respondía gracias a usted, o mil gracias a usted. Supongo que a algunas personas les parecía muy extraño que sin motivo aparente les regalara dos millones de gracias.

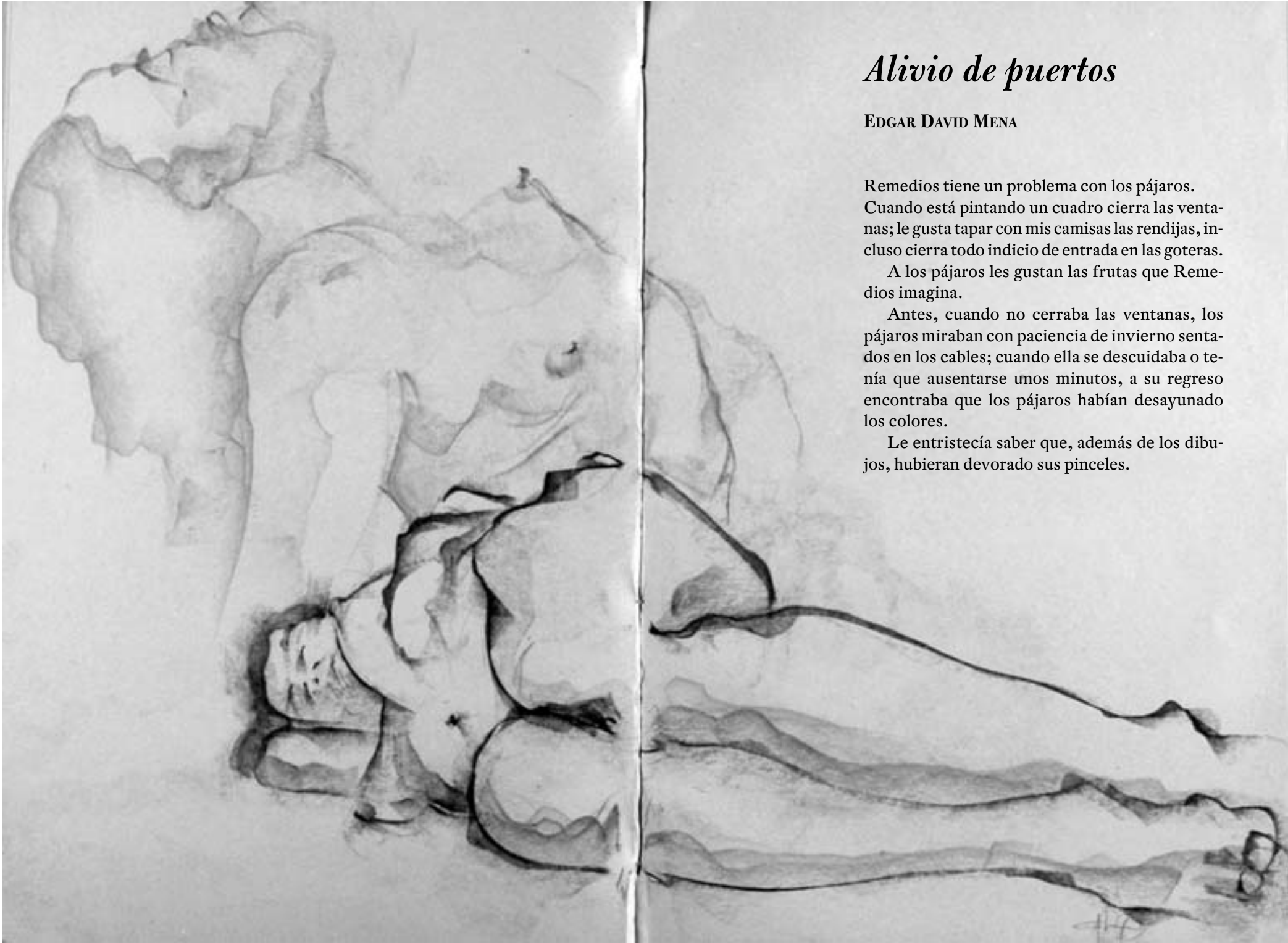
Ahora estoy aquí sentado, espero que mi mamá termine de hablar con el director; cuando salga, le pediré que me cambie de escuela, la maestra sólo se dedica a espiar mis apuntes, levanta mi cuaderno para que toda la clase vea las líneas chuecas de mis márgenes. Cuando se lo diga, espero que me pegue despacito y no lo haga enfrente de los otros niños; después le diré que no quiero estar aquí. Entonces podré entregar, con justa razón, las últimas gracias que me quedan. ◇



Alejandro Colín / sin título / 2004 / grafito sobre papel



Alejandro Colín / sin título / 2004 / grafito sobre papel



Alejandro Colín / sin título / 2004 / grafito sobre papel

El pan sin sudor

FERNANDO LOBO

“Ganarás el pan... etcétera.”
Génesis X-2

“Aún existe, en una miserable aldea de Kazajstán, el ancestral uso del sortilegio que transforma las piedras en panes”. Esto nos lo contaba un tipo harapiento en las calles devastadas de Bagdad. Sus ojos de tigre denotaban los rasgos típicos de aquellos valles más allá de los iraníos. Yo qué sé qué diablos hacía ese tío en Bagdad, tal vez algún mercenario desempleado (de alguna manera, ahí todos éramos mercenarios). Por mi parte, sabía perfectamente qué diablos estaba haciendo ahí. Bebía cerveza tibia y rancia, pero cerveza, y me sabía a néctar.

Nos decía, aún más, que en las partes más altas de la Mongolia hubieron tribus de montañeses que, conocedores de tales sortilegios, se tiraron a la holanza y olvidaron por completo las artes de la

siembra y de la guerra, luego se olvidaron del conocimiento del tiempo y, finalmente, de su condición humana. Todavía quedan algunas de esas creaturas subnormales escondiéndose entre los peñascos. Y al perder el lenguaje perdieron su antigua capacidad de transformación. Perdieron hasta el pan sin sudor. Ahora se alimentan de toda clase de bichos menores. “La voluntad se alimenta de sí misma”.

El tipo aquel, visiblemente excitado, comenzó a disertar. Sus ojos grises centelleaban como el metal de una espada.

“El desafío de transformar las piedras en panes es la primera tentación que el príncipe de las tinieblas presentó a *vuestro señor Jesucristo*. Es, entonces, la representación del Demonio como libertador de los hombres.

“Cristo cedió. Pero Cristo no necesitaba ese pan”.

Mis compañeros estaban algo incómodos, aunque peores cosas habían pasado en los últimos tres días. Yo no podía evitar la molesta sensación de haber escuchado esas mismas sandeces en algún otro lado.

“Algunos hombres, esos desterrados, fieles a sus costumbres de merodeadores, descubrieron el sortilegio. En esa miserable aldea de la que les

Alivio de puertos

EDGAR DAVID MENA

Remedios tiene un problema con los pájaros. Cuando está pintando un cuadro cierra las ventanas; le gusta tapar con mis camisas las rendijas, incluso cierra todo indicio de entrada en las goteras.

A los pájaros les gustan las frutas que Remedios imagina.

Antes, cuando no cerraba las ventanas, los pájaros miraban con paciencia de invierno sentados en los cables; cuando ella se descuidaba o tenía que ausentarse unos minutos, a su regreso encontraba que los pájaros habían desayunado los colores.

Le entristecía saber que, además de los dibujos, hubieran devorado sus pinceles.

hablo, gentiles extranjeros, todos los días, poco antes de ponerse el sol, cuatro sacerdotes suben a una colina, se ponen de rodillas en el suelo rocoso y comienzan sus oraciones con un fervor que se puede sentir a kilómetros de distancia. Y las piedras se transforman en pan y la colina está llena de piedras”.

Mis compañeros, desesperados, buscaban alguna moneda entre sus bolsillos para callar al tío aquel. Era inútil. Estábamos en la ruina.

“Yo he probado de ese pan... es un poco seco pero si tienes leche de cabra... y hay un sabor... una ligera amargura que se queda en la boca y tarda mucho en irse... de hecho... hay quien no puede evitar sentirse conmovido cada vez que le da una mordida... de hecho... son raros los aldeanos que, al probar el pan sin sudor... no les invaden las lágrimas”.

Quedaba ese vaso de cerveza frente a mí. Quizá fuese la última cerveza de Bagdad. Se la di al sujeto. Éste la bebió toda de un solo trago, se limpió la boca con el antebrazo, puso el vaso sobre la mesa y dio la media vuelta.

“El secreto está a salvo”, decía mientras cojeaba, alejándose de nosotros, “el secreto está a salvo”. ◇